

Una teoría psicoanalítica explicativa: la teoría del protomental

Antonio Imbasciati

Con el término “teoría del protomental” he formulado una teoría del desarrollo psíquico, que he elaborado desde 1978 hasta la actualidad. Dado que esta teoría ha sido delineada en muchos trabajos, incluso en volúmenes, no es posible resumirla en el espacio de un artículo de revista: me limitaré por lo tanto a dar de ella sólo una noticia (incluso para superar la barrera lingüística, particularmente para el italiano), presentándola esquemáticamente, y enviando al lector que desee conocerla mejor a mis escritos indicados en la bibliografía.

Las hipótesis energético-pulsionales de Freud están en la base de aquella parte de la tradicional teorización psicoanalítica que desde algunos decenios viene siendo criticada. Tales críticas proponen cada tanto modelos distintos, sin que sea claramente delineada, a mi entender, una alternativa a aquel valor explicativo que la originaria teoría freudiana poseía: la teoría energético-pulsional tiene un valor heurístico, que todavía conserva, porque sirve a la comprensión de los afectos y por lo tanto a la clínica; pero para Freud tenía también un valor explicativo, quizás más fértil que el primero, pero que hoy día no puede ser sostenido.

La epistemología moderna distingue, en cada ciencia, un nivel de conocimiento descriptivo, uno interpretativo, y uno explicativo (Imbasciati A., 1994). Los dos primeros tienen que ver, en grado diverso, con la comprensión (el “cómo”: “how” y “how well”) de los fenómenos observados, mientras que el tercero concierne a su explicación (el “por qué: “why”). Este último nivel exige, mucho más que los dos primeros, que la explicación esté de acuerdo con

aquella que es alcanzada por otras ciencias que se ocupan, desde otro vértice de observación, de los mismos fenómenos. Freud, además de proveer una llave descriptivo-interpretativa para la comprensión de los eventos psíquicos (que permitiese comprender desde el interior la subjetividad y su desarrollo), tendía también a explicarlos, en un modo que se podría llamar objetivo, en línea con los descubrimientos y con las hipótesis de otras ciencias. Esto fue obtenido, justamente, con la teoría energético-pulsional, con la referencia al instinto y a una energía psicobiológica. Esto estaba en línea con las ciencias de la época, en particular con la neurofisiología (modelo del arco reflejo, de la descarga electrofisiológica, etc.), y con la termodinámica de entonces.

Tal acuerdo no es actual respecto de la moderna neurociencia, y esto es un motivo más para no acordar a la teoría freudiana un valor explicativo; aún si se la quisiera conservar, entendida en sentido metafórico como modelo (más que como teoría en sentido propio), de indudable valor heurístico para la clínica. Mi teorización, presentando un modelo en línea con el estado actual de las ciencias psicológicas y neuropsicológicas (y al mismo tiempo en el lecho del psicoanálisis), propone una alternativa al valor explicativo de la teoría freudiana.

Se trata, por lo tanto, de una teoría psicoanalítica que puede “explicar” el desarrollo prescindiendo de la hipótesis energético-pulsional de Freud. Espero que esto no levante prejuicios de excesiva y obsecuente custodia de la ortodoxia. Mi teoría tiene, por otra parte, el intento de tender un puente entre el psicoanálisis y las otras ciencias psicológicas, en particular la psicología cognitiva: he usado por ello el término “cognitivismo psicoanalítico”. Es mi opinión que el método psicoanalítico tiene una especificidad exclusiva, pero una teoría psicoanalítica no puede sobrevivir sin integrarse con las teorías de la mente que provengan de ciencias limítrofes.

La teoría freudiana entendida como teoría explicativa del desarrollo puede ser esquematizada así: una fuerza de origen natural, inserta en lo biológico (libido), empuja al ser humano a la satisfacción; ésta constituye la descarga natural de la energía; para conseguir la satisfacción y la descarga, el individuo se encuentra o desencuentra con la realidad y se adapta (concepto de adaptación, desarrollado por Hartmann, 1939); la energía se ramifica y se distribuye en tantas “pulsiones” que “invisten” los

varios elementos de lo real que de este modo asumen su variado valor psíquico; una dinámica y una economía pulsional, con investimentos y desinvestimientos, angustia y defensas, determinan el desarrollo de la estructura psíquica de cada individuo singular. El esquema originario es reducible a: *necesidad (biológica) + frustración ambiental* →→→ *defensa* →→→ *estructura psíquica*. O también, más simplemente: *Naturaleza + Ambiente = Individuo*; que recalca aquello de: *Genotipo + Ambiente = Fenotipo*.

Ciertamente la “realidad” de la cual habla el psicoanálisis no es simplemente una interacción con un ambiente inanimado, sino la compleja integración de las relaciones interpersonales, comenzando con las del bebé con las figuras parentales. De acá toma curso el concepto de “objeto” y todo el sucesivo desarrollo de las teorías de las relaciones objetales. Estas han sido elaboradas y usadas para describir y comprender el “cómo” se estructura la psiquis de los individuos, pero el “por qué” ha sido ubicado o reenviado a la tradición freudiana, es decir a la hipótesis de una “energía” que, modelada de cierta “realidad”, despliega una dinámica y una economía que conduce a la estructura psíquica singular.

Muchos autores han desarrollado una teoría de las relaciones objetales descuidando, sin confesarlo, el esquema energético pulsional: toda la escuela inglesa está en esta línea. Los desarrollos de la escuela de Bion, subrayando el aprender *de* la experiencia, parecen dar a entender que la estructuración de la mente no necesita de empuje endógeno (libido, pulsión), sino que deviene por aprendizaje, cuyas leyes no aparecen necesariamente ligadas al paradigma freudiano ni colocables en el cuadro de la teoría energético-pulsional. También el concepto de agresividad, que en Klein aparece ligado (según mi criterio sólo formalmente), al concepto de instinto de muerte, viene sucesivamente desvinculado del paradigma instintual (véase la obra de Money Kyrle R., 1955, 1968) y en la escuela bioniana sustituido por el concepto de destructividad que, desprovisto de connotaciones explicativas (el “por qué”) es usado para describir una modalidad relacional (un “cómo”), anclada al concepto de fantasía más que al de pulsión.

Los desarrollos de las teorías objetales han determinado notables disidencias en el seno del psicoanálisis, de manera tal que muchos autores han tratado de integrar los dos modelos, el

pulsional y el objetal: ejemplo típico lo encontramos en la obra de Kohut H. (1971-1977); conocidos en este propósito han sido también los trabajos de Gedo J. (1973) y de Modell A. (1975). Otros autores se han pronunciado explícitamente contra la hipótesis energético-pulsional sobre la cual se apoya gran parte del edificio teórico freudiano, y la metapsicología en principio. Véase, a puro título ejemplificativo, la obra de George Klein (1976) y la reseña del problema hecha por Eagle M. (1984).

Las tentativas de conciliar los dos modelos, superponiendo las teorías objetales al edificio teórico freudiano, se basan usualmente sobre el asunto de que son los hechos clínicos los que determinan cuál de los dos modelos es el más útil. Un modelo y una teoría son “instrumentos” para la comprensión de la clínica y para la consiguiente modulación de la intervención; como tales no son ni verdaderos ni falsos, el criterio operativo determina su adopción.

Encuadrado sobre un relativismo de la teoría, el problema podría parecer resuelto. Todavía la diferencia entre los dos modelos y las respectivas teorías del desarrollo de la mente, no son homologables: el primero, en verdad freudiano, conserva un valor explicativo –el “por qué”–, mientras el segundo aparece focalizado sobre el “cómo”. La ambición explicativa, en los autores que usan el segundo tipo de teoría, permanece en suspenso, reenviada a las primerísimas relaciones objetales. Serían estas relaciones, neonatales e incluso fetales, las que determinarían las primeras estructuras¹, que a su vez condicionarían los sucesivos “aprendizajes”. De aquí el interés por las investigaciones que conjugan el psicoanálisis, la observación del neonato y el feto y la psicología experimental. Es ejemplificadora la obra de Stern D. (1985).

El reenvío a las primerísimas relaciones objetales, o sea a las experiencias neonatales y fetales, no explica todavía el originario “por qué” del inicio de una estructura funcional, psíquica, capaz de desarrollar en su interior todas las sucesivas y progresivamente complejas funciones. Se comprende cómo las primeras relaciones objetales (también las fetales), condicionan la adquisición de las primeras capacidades funcionales; pero no se explica por qué de una experiencia, que es inicialmente siempre receptora de

¹ El término estructura no es usado acá en sentido biológico sino como estructura funcional adquirida.

estímulos, se pasa a la capacidad de procesarlos. Una explicación biologista parece ingenua, incluso para el psiquismo fetal.

El interés de individualizar un por qué similar (acerca del pasaje de lo biológico a lo psíquico y por tanto al inicio de los procesos de aprendizaje) mueve a mi criterio el pensamiento de Bion, en la atención específica que él dedica a la modalidad de pasaje de una experiencia de los sentidos, no mentalizables (sensorialidad o sensualidad; por ejemplo elementos β), a una experiencia utilizable para construir la “mente”, o bien a los factores que generan la capacidad de “aprender de la experiencia” (pasaje de β a α).

El interés de Bion en el pasaje de la sensorialidad al pensamiento me parece superponible a aquello que había movido las investigaciones de los psicólogos experimentales sobre el origen de la percepción, en la distinción entre elementos sensoriales y aquella organización que está implicada en el acto perceptivo: en psicología experimental se ha confundido largamente y superpuesto la recepción sensorial (sensación) con la capacidad de “leer” y organizar la sensorialidad. Sólo este último evento es “percepción”: un proceso activo, distinto de la simple recepción, que presupone por lo tanto, capacidad funcional. El proceso perceptivo hoy día es considerado uno de los primeros eventos “mentales”. Pero, ¿cómo se pasa de la organización debida a la morfología de los receptores sensoriales a la organización perceptiva? La primera puede ser imputada a la constitución y a la maduración de los receptores y de las vías neuronales, pero la segunda implica una funcionalidad (lectura del *input* por obra de una memoria precedente), que presupone un previo aprendizaje: ¿puede esto ser explicado sólo por la maduración biológica? ¿O más bien presupone otras funciones también ellas adquiridas por experiencia? ¿O presupone que existe ya una mente? Retoma un antiguo dilema de los filósofos (véase Leibnitz y Berkeley: “*Nada hay en el intelecto que no haya entrado por los sentidos*”, a lo cual se replicó: “*excepto, precisamente, el intelecto*”). Un tal último intelecto –no se lo supone inserto o fusionado en la naturaleza– necesita de una explicación acerca de su origen. Hoy se estudia el psiquismo fetal, pero el problema de una explicación permanece trasladado sobre el cómo (y eventualmente sobre el por qué) *desde la experiencia fetal* se originan las primeras capacidades mentales (Manfredi P., Imbasciati A., 1997).

¿Qué es, entonces, lo que pone en marcha al “motor”, por así decir, por el cual el sustrato neuronal adquiere funciones que dan lugar a la construcción progresiva de la mente? ¿Es así que esta mente deviene capaz de aprender?

Las ciencias cognitivas están elaborando las así llamadas teorías constructivistas de la mente, que parecen poder superar el *impasse* descripto anteriormente: la mente se autoconstruye por la estructuración progresiva de adquisiciones funcionales, sobre la base de la experiencia (lo “social”, subrayado por algunos autores cognitivistas, o lo “objetal” primario, según los psicoanalistas) en un circuito de causa-efecto entre experiencia y estructura neuronal. Un precursor de esta posición puede ser considerado Kelly G. (1955); entre los autores más recientes pueden ser citados Maturana H. y Varela F. (1985); Watzlawick P. (1986); Gilli A. y Marchetti L. (1992); Camaioni L. (1993). Estos modelos consideran las estructuras afectivo-emotivas como esquemas cognitivos de base (Plutchik R. 1980), adquiridos en épocas precocísimas. Tales concepciones pueden ser conectadas con los modelos etológicos del *imprinting* y con la teoría etológico-psicoanalítica de Bowlby J. (1969-1980, 1979) y los desarrollos de Lichtenberg J. (1989). En general el psicoanálisis actual considera en el inicio de la estructuración de la capacidad mental a las primerísimas relaciones objetales, neonatales y fetales (Mancia M., 1980; Piontelli A., 1987; Nathanielz, 1990; Negri R., 1993). Pero esto no aclara el motivo por el cual se inicia la adquisición de tal capacidad: se aclaran muchos “cómo”, pero el “por qué” permanece incierto.

Freud edificó su teoría energético-pulsional, haciendo el intento explicativo del “por qué”, hipotetizado en lo biológico. El, en realidad, partió de la hipótesis de un presunto sustrato bioquímico de las pulsiones (Freud S., 1882-95, pp.347; 1901, pp. 394 y sig.; 1905, pp.479 y sig.; 521 y sig.; 1906, pp.223 y sig.; 1914, pp. 448; 1915a, p.21; 1915b, pp.478). Esta hipótesis, aunque desarrollada con la debida cautela, era compartida con entusiasmo, al punto que él auguraba que un día la bioquímica podría suplantar la clínica psicoanalítica. La idea de un por qué biológico, o por lo menos “natural”, permaneció largamente implícita en el ánimo de los psicoanalistas: cuando se abandonó la futurología freudiana acerca de un sustrato biológico, se continuó largamente usando el concepto de pulsión y toda la teoría energético-pulsional; explíci-

tamente los conceptos eran usados en un sentido metafórico, por su indudable valor heurístico para la clínica, pero implícitamente, según mi criterio, el énfasis prolongado sobre ellos es atribuida a su fascinación explicativa, por su reenvío al “por qué”. Un por qué “natural”, mantenido “sin plazo” que ha desviado a los psicoanalistas, a mi entender, de buscar un otro “por qué” alternativo. De tal modo aunque la teoría energético-pulsional desde hace décadas fue ampliamente criticada a favor de teorías objetales, éstas no han sido desarrolladas al punto de encontrarles un valor explicativo, sólo son usadas para la comprensión clínica.

A mi entender ellas pueden ofrecer en cambio, en concurso con los actuales desarrollos de otras ciencias psicológicas y neuro-psicológicas, una línea de desarrollo que pueda tender a individualizar también el “por qué”: aquel por qué que pone en movimiento el desarrollo psíquico en las primerísimas épocas de la vida.

En este cuadro he desarrollado, partiendo de algunas premisas de Bion, mi “teoría del protomental”.

En la obra de Bion W. (1962, 1963, 1965, 1967, 1970, 1974, 1978), pueden ser nucleadas tres intuiciones sobre el funcionamiento mental y sobre el origen del desarrollo que, a mi entender, tienen valor de descubrimientos, desde la clínica a la teoría, debidos al método de la escuela kleiniana y a los modelos teóricos de las relaciones objetales. (Véase “método”, “descubrimientos”, “teorías”: Imbasciati A., 1994). Ellas pueden ser así resumidas:

1) Los afectos profundos, inconcientes, radicados en el mundo infantil, son la base del pensamiento. Ellos mismos son pensamiento. Por tanto los procesos cognitivos provienen de los afectos.

2) Los afectos están constituidos por fantasías (en sentido kleiniano), que implican objetos internos. Estos y aquellos se originaron de las primerísimas relaciones del bebé mediante complejos procesos de interiorización, que condujeron a la constitución de un “mundo interno”: sobre esta base el individuo desarrolla sus ligámenes con las personas que lo circundan, su relación con lo real, su aprender de la experiencia, su propia estructura psíquica, y en consecuencia su propia capacidad cognoscitiva.

3) Los objetos internos (las relaciones entre ellos constituyen

fantasías y en consecuencia afectos), son los elementos constitutivos del pensamiento, es decir del modo como se conoce el mundo: el mundo externo a través del mundo interno y a través de las relaciones.

Los dos primeros núcleos conceptuales sancionan, de una vez por todas, que los afectos no pueden ser concebidos como relativos a una entidad: por ejemplo, la libido y las pulsiones no pueden ser concebidas como si fuesen de una “sustancia” distinta de cuanto constituye la cognición. Cae así la dicotomía cognición-afecto, que Freud había tratado de componer y explicar con la compleja relación entre investimentos libidinosos y objetos reales conocidos, dando por descontado, por otra parte, que estos últimos debían ser percibidos y representados automáticamente, por obra de la estructura cerebral, salvo la modulación debida a las investiduras (véase Representación y principio de constancia, Imbasciati A., 1991). Se delinea entonces que la cognición (del mundo externo, y más complejamente del sí mismo), es mediada por los objetos internos. Aquí Bion adhiere al pensamiento de Money Kyrle (sin mencionarlo), quien más explícitamente había afirmado que los objetos internos son el medio por el cual (en un modo algo diferente al adulto), el bebé se representa el mundo y, por lo tanto construye (Money Kyrle introduce el término de “pirámides conceptuales”, 1968) las representaciones y después los conceptos con los cuales percibe y conoce la realidad.

La capacidad de conocer el mundo depende de la posibilidad de representárselo en un modo más o menos adecuado; se delinea entonces el problema del “valor representacional de los objetos internos” y de la relación entre los objetos internos y representaciones en sentido estricto: aquellas representaciones que gradualmente también pueden asumir los caracteres nítidos y precisos que permiten el pensamiento conciente. Podemos razonablemente suponer que existe un *continuum* entre las funciones representacionales de los objetos internos y las representaciones en sentido estricto: *continuum* en la diacronía del desarrollo infantil y en los procesos inconcientes del pensamiento del adulto. Bion sobreentiende este *continuum* proponiéndonos su “tabla”.

La observación de los infantes y el análisis de niños parecen confirmar tal continuidad. A lo largo de esta progresión se pasaría de protorepresentaciones que no tienen conformidad con los objetos reales (así en realidad el bebé se representa el mundo, a

través de sus objetos internos deformes con respecto a cualquier realidad) a otras, en las cuales tal conformidad comienza a ser en modo aproximado y así, poco a poco, hasta las representaciones en sentido estricto. Tendríamos así una cadena de significantes internos que sirven progresivamente para significar cada vez mejor la realidad. La existencia, o mejor la construcción de significantes cada vez más idóneos para representar la realidad, no elimina la persistencia y la pregnancia de los primeros: los objetos internos primarios permanecen (y actúan) también cuando hay veraces y apropiadas representaciones. La existencia de una continuidad progresiva entre objetos internos y representaciones no elimina el concepto psicoanalítico de conflicto: éste último puede ser descrito en términos representacionales, antes que energéticos, como discrepancia y contradicción de significados a lo largo de la cadena de las representaciones significantes (1981-1983). Esto correspondería a la “mentira interior” de Bion.

Bion propone por otra parte, de modo focal, el problema de cómo se pasa de los sentidos a lo mental: evidentemente se hace la pregunta de qué cosa hace “preparar el motor”, por lo cual de las aferencias neurológicas –debidas a la morfofisiología de los receptores– se pasa a otra cosa que puede venir elaborada y adquirida (por lo tanto memorizada), como capacidad de pensamiento y que permite cada sucesivo “aprender de la experiencia”. El problema está resuelto por Bion con los conceptos de elementos α , elementos β , función α , etc. Por debajo del modelo abstracto, matemático de Bion está el mismo problema, a mi entender, que han presentado los psicólogos experimentales estudiando el proceso de la organización perceptiva, y sobre todo el concepto de representación como base mnésica para que devenga aquella “lectura” que da origen a la percepción y al sucesivo desarrollo del aprendizaje. De tal modo la percepción resulta el proceso psíquico de base sobre el cual se dará lugar a los otros procesos cognitivos.

El planteo bioniano abre entonces tres interrogantes, ubicables en la investigación del “por qué” del desarrollo psíquico que mi teoría trata de colocar en un cuadro que tenga en cuenta el desarrollo actual de las ciencias psicológicas experimentales. El primer interrogante concierne a la génesis de los objetos internos: decir que se originan en las relaciones es veraz aunque un tanto simple; es menester en realidad describir, y luego explicar, cómo

la aferencia sensorial, que es por siempre el medio físico de cada comunicación entre los seres vivientes y por tanto también de cada relación interpersonal, deviene objeto interno. Se deriva el segundo interrogante: cómo es posible conceptualizar el aprendizaje primario como pasaje de la información meramente sensorial (*input*) a organizaciones mentales poseedoras de valor representacional (objetos internos, primero, representaciones en sentido estricto después); o bien cómo es posible conceptualizar en modo más detallado el pasaje general de los sentidos a la mentalización, de cuanto lo permiten los modelos abstractos de Bion. El tercer interrogante, que subviene a los precedentes, concierne a un posible análisis del proceso perceptivo en términos que sean comunes a la psicología experimental y a la psicofisiología y que puedan, con el tiempo, ser colocados y utilizados en el cuadro psicoanalítico: esto es la relación entre la génesis de la percepción y la génesis de los objetos internos.

A los tres interrogantes anteriores que surgen desarrollando la teoría bioniana, se agrega un cuarto vinculado con la posibilidad de una teoría psicoanalítica con un poder “explicativo”, y por tanto compatible con eso que hoy dicen otras ciencias. En los tiempos de Freud las neurociencias de entonces hablaban en términos homologables al concepto de energía y transformación de la energía: Freud habló de libido y pulsión. Hoy las ciencias experimentales exponen el problema subrayando cómo la mente implica la capacidad de procesar los *input* que recibe, de modo tal que resulta una actividad capaz de “leer” la experiencia externa e interna, podemos agregar. Mi teoría tiende a conceptualizar en estos términos la experiencia que deriva de las relaciones objetales.

Si la hipótesis energético-pulsional no puede más ser invocada para *explicar* el origen de lo psíquico, es menester una teoría alternativa. Creo que el psicoanálisis se mueve hacia este horizonte a través de múltiples y diversos estudios de varios autores. Muchos de éstos individualizan respuestas evocadas, también complejas, de determinadas configuraciones de estímulos como la base de una actividad “mental” que permite sucesivos aprendizajes. Ogden, por ejemplo (1986), llama instinto (a mi entender en una acepción impropia) a un código innato para la lectura de ciertas experiencias: una organización funcional vendría a adquirirse con la aparición de ciertas experiencias pero por la presencia de una predisposición biológica. Esto sería homologable

al concepto de preconcepción de Bion. Este autor considera a los mecanismos de identificación proyectiva para explicar el pasaje de una actividad mental no idónea para leer la realidad a otra, capaz de aprender.

A mi entender la identificación proyectiva nos ayuda a comprender el cómo del proceso de preparación de la mente, pero poco el por qué. Esto último no puede prescindir del problema de individualizar el pasaje de las aferencias sensoriales (de la experiencia, y, agrego también de la interna) a la capacidad de procesarlas, desde la experiencia misma. Se trata de la capacidad de organizar los singulares y múltiples *input* reunidos en unidades operativas que hagan posible las “operaciones” mentales. En esta operación se mueve mi teoría, partiendo de las relaciones objetales y formulando un modelo por el cual la fuente de experiencias sea concebible en términos homologables a eso que anticipamos como aferencia, *input*, procesamiento, lectura, memoria de lectura y demás². Espero que mi tentativa teórica pueda ser integrada y superada en la confrontación con el pensamiento de otros estudiosos.

El modelo que he elaborado (me perdona el lector si en el espacio de un artículo estoy constreñido a ser esquemático), parte de la psicofisiología sensorial para explicar el desarrollo psíquico desde su inicio, utilizando los conceptos psicoanalíticos (1981). Esto correspondería a darles a tales conceptos un valor probatorio, además de heurístico y clínico, para la “explicación”. El modelo es de tipo constructivista y tiene en cuenta principios elementales de la cibernética. El cerebro es comparable a una gran calculadora y la mente es el conjunto de los “programas” o de las funciones, que han sido imaginarizadas o “aprehendidas”. Con la variación de éstas, varían las capacidades globales de la calculadora: la estructura psíquica es el conjunto de tales funciones, variables en cada individuo. Inicialmente vienen apresadas las funciones más elementales: esta inicial memorización de

² Mi modelo sostiene una posición empirista más que innatista ya que el valor de la experiencia es prevalente sobre lo biológico. Esto no significa la subvaluación del sustrato neuronal, más bien me parece en línea con los estudios más recientes, que muestran el complejo feed-back entre morfología, fisiología, aprendizaje y desde aquí además a la fisiología y morfología misma: también la morfología neuronal viene modificada por el aprendizaje (Oliverio, 1986).

funciones, que constituye el núcleo primario de la mente, modula cada sucesivo aprendizaje y cada sucesiva y progresiva memoria de nuevas funciones y contenidos, unas y otras inseparables entre sí. De tal modo la mente aprende y al mismo tiempo se autoconstruye, en su misma capacidad de aprendizaje.³

Cada aprendizaje dependerá, más que de la potencialidad del hardware (el cerebro del homo sapiens), del *input*, o del conjunto de *inputs*: o bien debemos investigar en la sensorialidad el origen de la estructuración de la memoria. Esto es fácil de concebir considerando una mente ya desarrollada (“entrenada”, por así decir), pero deviene problemático si consideramos el inicio, en el nebuloso surgir de los afectos: ya sea porque debemos hacer las cuentas con la sensorialidad neonatal y fetal, o sobre todo porque debemos explicar cómo deviene la primera memorización, desde el momento que para memorizar es menester la percepción y porque si hay percepción hay procesos de reconocimiento, lectura y, por tanto, memoria precedente.

El *input* neurosensorial considerado como entidad puntual (singular estimulación de singulares células receptoras), no entra en la memoria: no entra en aquella bioquímica que se deposita en el R.N.A., ni se conserva largamente como trazo bioeléctrico. El *input* debe ser “leído”, para ser memorizado; por la lectura se reconoce el “conjunto” que lo compone. Para que un “conjunto” sea “legible” es necesario por tanto una correspondiente traza mnésica que constituye la unidad homóloga de lectura: todo eso en correspondencia con aquellos eventos neurofisiológicos que sostienen el reconocimiento perceptivo, o mejor dicho la “lectura” de los elementos que darán lugar a la percepción.

Se presenta ahora una serie de interrogantes. ¿Cómo se forman las primeras unidades de lectura? ¿Cuáles son los “conjuntos” de *inputs* que van a constituir la primera memoria? ¿Existen conjuntos que por sí mismos vienen memorizados y que entonces pueden constituir la primera unidad de lectura? Dicho de otra forma, si también para los primeros *inputs* es menester

³ Algunos psicoanalistas, al oír palabras como aprendizaje, lectura, memoria y otras, poco aplicadas a los afectos, pueden sentirse desnaturalizados en su especificidad psicoanalítica: tal especificidad es en esencia, la comprensión de la subjetividad, pero si queremos empujar nuestro conocimiento hacia la explicación, es menester afianzarlo en otros con la seguridad de que no será dañado por ello.

unidades de lectura, ¿cómo se puede iniciar la primera “función” que permita la primera memorización? ¿Hay un problema de “ensamble” de los singulares *inputs* neurosensoriales, que permiten o no que sus huellas sean memorizadas? ¿Por qué y cómo estas huellas devienen memorizadas? ¿Cuáles son las características de estos primeros ensambles de conjuntos de huellas, que constituyen por lo tanto las primeras protorepresentaciones y por tanto las primeras percepciones? ¿Cuáles son las modalidades de ensamble de los *inputs* y de las respectivas huellas, que permiten la constitución de primeras “funciones”, que a su vez permiten los primeros aprendizajes? ¿Hay varios órdenes graduales de protorepresentaciones? ¿Cuáles son las respectivas modalidades de ensamble? Todos estos interrogantes en términos neuropsicofisiológicos sostienen otros tantos en términos psicológicos: ¿qué cosa percibe un neonato? ¿Qué cosa percibe un feto? ¿Cuáles son las representaciones (o mejor protorepresentaciones) que un neonato (y puede ser también un feto de embarazo avanzado) debe indudablemente ya tener para poder percibir? ¿Cómo son formadas? ¿Qué tipo de aprendizaje de la experiencia ha sucedido y qué tipo de aprendizaje permite esto? Eso que llamamos “afecto”, ¿cómo se forma? El neonato y el feto no tienen conciencia, pero el hecho no nos exime de considerar los procesos perceptivos y por lo tanto examinar cuáles son los engramas protorepresentacionales que permiten la lectura perceptiva. Análogamente, podemos estudiar entonces el inconciente del adulto. La tabla de Bion nos ayuda a no considerar la percepción y los otros procesos concientes como de naturaleza distinta a aquellos inconcientes. Ahora todas las preguntas arriba mencionadas, ya sea formuladas en términos explicativos neurofisiológicos, o en términos descriptivos de la observación propia de la psicología experimental, ¿son útiles para el psicoanálisis? ¿Qué conceptos psicoanalíticos se les superponen, encontrándoles la explicación? Por ejemplo, los objetos internos, de los cuales habíamos subrayado el valor protorepresentacional para las primeras percepciones –conocimiento– del mundo, ¿a qué cosa corresponden en términos de ensamble de huellas de *input* de variada sensorialidad? ¿Son ahora tales objetos internos la base de un cierto tipo de percepción, más que de alucinación? Así, cuando en psicoanálisis se dice que el objeto real ausente es percibido como un objeto malo presente, ¿qué tipo de percepción

tiene el neonato de aquellos *inputs* en los cuales se presentifica –esto es se percibe– este “objeto malo”? No se trata sólo de un objeto de afectos, sino también de un objeto perceptivo (Imbasciati A., 1993). El neonato puede, en realidad, aterrorizarse por un ruido inusual: esto quiere decir que aquel ruido ha sido percibido (leído, a través de unidades de lectura protorepresentacionales), como si fuese un objeto malo. ¿Qué unidades de lectura protorepresentacionales han sido puestas en juego? Estas unidades, ¿con qué huellas de qué sensorialidad han sido construidas? Y cuando el bebé transforma las aferencias interoceptivas del hambre en una percepción de objeto malo externo, ¿qué género de representaciones intervienen? Hay entonces un *continuum* entre alucinación y percepción y por cada grado de tal *continuum* son necesarias unidades representacionales.

Todavía en psicoanálisis (y en Bion en particular), se dice que los mecanismos esquizoparanoides no permiten distinguir la realidad interna (objetos malos) de la externa, por eso ésta es percibida como amenazante y deformada de la realidad efectiva. En este tipo de mecanismos y de consecuentes percepciones (o alucinaciones), ¿qué tipo de protorepresentaciones intervienen? ¿Qué ensamble de huellas externas e internas vienen “mezcladas”, si se da la confusión perceptivo-alucinatoria? Si consideramos los procesos inconcientes del adulto y la presencia de la oscilación PS-D descrita por Bion, en la polaridad PS (esquizoparanoide), ¿qué “metabolismo” de huellas protorepresentacionales deviene?

Análogamente, el viraje depresivo, ¿a qué cambios de ensamble de huellas protorepresentacionales corresponde? ¿Es este último “reensamble” el que permite el surgimiento de una percepción adecuada a la realidad y luego la dimensión conciente de la percepción misma?

Muchos otros interrogantes pueden ser expuestos para dar a otros conceptos psicoanalíticos una explicación basada en términos neuropsicológicos. En particular he conceptualizado el conflicto en términos representacionales, la escisión, las otras defensas (1981-1983). Pero sobre todo he tratado de reconsiderar enteramente el proceso de simbolización. El psicoanálisis lo ha presentado repetidamente de varios modos. Bion propone una progresión de elementos primarios de origen sensorial hasta productos más complejos que constituirán la base de las funciones

de pensamiento más evolucionadas y concientes.

En mi teoría, esto se traduce como construcción de progresivos significantes, considerados como varios órdenes de ensambles representacionales. En esta perspectiva, los interrogantes sobre la génesis de la percepción (y de la alucinación) se repiten y se multiplican: ¿cuáles son los distintos órdenes de protorepresentaciones o representaciones que intervienen paulatinamente en la construcción de los distintos tipos de funciones mentales, cada vez más complejos, respecto de aquellos perceptivos? También para la adquisición de “funciones” es necesario que haya en la memoria un correspondiente esquema operacional, es decir que haya una representación de funciones. ¿Cómo vienen a constituirse, o a construirse, estos “engramas”? En esta perspectiva la formación del símbolo está reconsiderada como la obra de autoconstrucción de toda la mente: el “protomental” constituye el fundamento; la teoría del protomental propone una descripción posible de “explicación”.

Me doy cuenta que la avalancha de interrogantes que he propuesto puede desconcertar al lector y quizás disponerlo mal frente a las perspectivas que se abren por mi teorización.

Por otra parte no puedo dejar de correr este riesgo ya que no es posible condensar en un artículo, sin hacerlo esquemático y apodíctico, todo cuanto ha sido expuesto en varios volúmenes. Un aislamiento relativo, cultural y lingüístico, en el cual ha crecido mi producción, agudiza este riesgo. Por otra parte pienso que, precisamente en estos últimos tiempos, en los cuales la IPA recomienda que el psicoanálisis se abra a otras ciencias (sobre todo a aquellas limítrofes), puede ser útil que yo haga conocer mi trabajo.

Mi teoría no pretende dar respuesta definitiva a todos los interrogantes arriba esbozados. Ella da respuestas posibles a la investigación del “por qué” de los procesos psíquicos y de su desarrollo; está por tanto constituida por la red lógica de tales interrogantes. En este sentido ella se coloca en el espíritu que animaba a Freud: buscar, no sólo el modo de describir y comprender los procesos psíquicos, y por tanto de intervenir en el cuarto de análisis, sino también su explicación, el “por qué”. Freud buscó ésta sobre la base del estado de las ciencias neurofisiológicas de su tiempo y concibió su teoría energético-pulsional; hoy debemos buscarla individualizando otras vías, otras hipótesis, otras teorías, sobre la base de principios cibernéticos y del estado actual de las

ciencias psicológico-experimentales.

RESUMEN

El autor expone las premisas epistemológicas de una teoría del desarrollo de la mente, elaborada en volúmenes precedentes.

Freud construyó su teoría energético-pulsional no sólo para comprender el “cómo” de los procesos psíquicos, sino también para hipotetizar el “por qué”: tales hipótesis fueron formuladas de acuerdo y en analogía con los descubrimientos de las ciencias físicas y neurofisiológicas de su época. Esta parte de la teoría freudiana ha sido hoy abandonada, a favor de teorías de las relaciones objetales. Estas *describen* más adecuadamente la formación de la mente y su desarrollo, pero todavía no los *explican* suficientemente. La *descripción* del *cómo* es eficaz, pero la *explicación*, el *por qué* del surgimiento y desarrollo de las funciones mentales, es usualmente dejado en las sombras. La teoría del protomental, elaborada por el autor, es una teoría de las relaciones objetales que, partiendo de interrogantes no resueltos por Bion, se propone hipotetizar, más que el “cómo”, un “por qué” de las funciones psíquicas. Este propósito es seguido del mismo modo en el cual Freud operó, pero basándose en las ciencias psicológico-experimentales, psicofisiológicas y cibernéticas de nuestra época y, por tanto, formulando una teoría distinta.

SUMMARY

The author sets out epistemological introductory statements to a theory about mind development, elaborated in his foregoing volumes. Freud built up his energetic and instinctual theory not only to understand the “how” and the “how well” of psychic processes, but also to make an hypothesis on a “why”. These hypotheses were formulated according to and on the analogy of the discoveries of the physical and neuro-physiological sciences of his time. This part of freudian theoresis is nowadays abandoned, in favour of object-relations theories. These theories *describe* more suitably mind forming and development, but they don't *explain* them adequately. The *description*, concerning the *how* and the *how well*, is efficacious, but the *explanation*, regarding the

why of beginning and developing of the mind functions, is generally neglected. The Protomental Theory, elaborated by the author, is an object-relations theory which, by starting from some Bion open questions, aims to make an hypothesis not only on the “how”, but also on a “why” of psychic functions. This purpose is pursued in the same way as Freud did, but on the basis of experimental psychological, psychophysiological, and cybernetic sciences of nowadays, so that a different explicative theory may be formulated.

BIBLIOGRAFIA

- BION, W.R. (1962). *Learning from Experience*. London: Heinemann (trad. it. *Apprendere dall'esperienza*, Armando, Roma, 1972).
— (1963). *Elements of Psychoanalysis*. London: Heinemann (trad. it. *Gli elementi delle psicoanalisi*, Armando, Roma, 1973).
— (1965). *Transformation: Change from Learning to Growth*. London:

RESUME

Dans ce travail l'auteur expose les prémisses épistémologiques d'une théorie du développement mental, élaborée dans une oeuvre précédente.

Freud a construit sa théorie énergétique pulsionnelle non seulement dans le but de comprendre le “comment” des processus psychiques mais aussi pour en faire une hypothèse du “pourquoi”: de telles hypothèses ont été formulées en analogie avec les découvertes des sciences physiques et néurophysiologiques de son époque. Cet aspect de la théorie freudienne a été aujourd'hui oubliée en bénéfice des théories des relations objectales. Celles-ci décrivent plus exactement la formation de l'appareil mental et son développement, mais ne l'expliquent pas encore suffisamment. La description du comment est efficace, mais l'explication, le pourquoi du surgissement et du développement des fonctions mentales est souvent laissé de côté. La théorie Protomentale, élaborée par l'auteur, est une théorie des relations d'objet, laquelle, partant de questions non résolues par Bion, se propose formuler des hypothèses non seulement par rapport au “comment” mais aussi au “pourquoi” des fonctions psychiques. L'auteur poursuit ce propos avec la même méthodologie utilisée par Freud, mais tout en se servant des sciences psychologique-expérimentales, psychophysiques et cybernétiques de notre époque, de façon à formuler une théorie différente.

- Heinemann (trad. it. Trasformazioni, Armando, Roma, 1973).
- (1967). *Second Thoughts*. London: Heinemann (trad. it. Analisi degli schizofrenici e metodo psicoanalitico, Armando, Roma, 1970).
- (1970). *Attention and interpretation*. London: Tavistock (trad. it. Attenzione e interpretazione, Armando, Roma, 1973).
- (1974). *Group and organization studies*. Colchester: Mark Peterson Ass. Inc. (trad. it. Il cambiamento catastrofico, Loescher, Torino, 1981).
- (1978). *Discussions with Bion*. Colchester: Mark Peterson Ass. Inc. (trad. it. Discussioni con Bion, Loescher, Torino, 1984).
- BOWLBY, J. (1969, 1973, 1980). *Attachment and Loss*. (vol. 1, 2, 3). New York: Basic Books (trad. it. Attaccamento e perdita, Boringhieri, Torino, 1972, 1975, 1983).
- (1979). *The making and breaking of affectional bonds*, London, Tavistock (trad. it. Costruzione e rottura dei legami affettivi, Raffaello Cortina, Milano, 1982).
- CAMAIONI, L. (1993). *Teorie della mente*, Bari: Laterza.
- EAGLE, M. (1984). *Recent Developments in Psychoanalysis. A Critical Evaluation*. New York: Mc Graw-Hill (trad. it. La psicoanalisi contemporanea, Laterza, Bari, 1988).
- FREUD, S. (1882-95). *Studien über Hysterie*. *S.E.* vol. 2.
- (1901). *Bruchstück einer Hysterie-Analyse*. *S.E.* vol. 7.
- (1905). *Drei Abhandlungen zur sexualtheorie*. *S.E.* vol. 7.
- (1906). *Meine Ausichten über die Rolle der Sexualität in der Atiologie der Neurose*. *S.E.* vol. 7.
- (1914). *Zur einfurhung der Narzissmus*. *S.E.* vol. 14.
- (1915a). *Metapsychologie*. *S.E.* vol. 14.
- (1915b). *Vorlesung zur Einfurung in die Psychoanalise*. *S.E.* vol.16.
- GEDO, J. E.; GOLDBERG, A. (1973). *Models of the Mind. A Psychoanalytic Theory*. Chicago: University Chicago Press (trad. it. Modelli della mente, Astrolabio, Roma, 1975).
- GILLI, A.; MARCHETTI, L. (1992). *Processi sociocognitivi*. Milano: Raffaello Cortina.
- KELLY, G. A. (1955). *The Psychology of Personal Construct*. New York: Norton.
- KLEIN, G. (1976). *Psychoanalytic Theory*. New York: International Universities Press (trad. it. Teoria psicoanalitica, Raffaello Cortina, Milano, 1993).
- KOHUT, H. (1971). *The Analysis of the Self*. New York: International Universities Press (trad. it. Narcisismo e analisi del Sé, Boringhieri,

- Torino, 1976).
- (1977) *The Restoration of the Self*. New York: International Universities Press (trad. it. La guarigione del Sé, Boringhieri, Torino, 1980).
- IMBASCATI, A. (1983). *Sviluppo psicosessuale e sviluppo cognitivo*. Roma: Il Pensiero Scientifico.
- (1986). Psicoanalisi e studio dei processi cognitivi. *Italian J. Clinical Psychology*, 1: 89-99.
- (1987). Un modello psicoanalitico dei processi cognitivi. *Professione Psicologo*, 1: 21-33.
- (1989). Toward a psychoanalytic model of cognitive processes. *Internat. Review Psychoan.* 2: 223-236.
- (1990). *La donna e la bambina*, Milano: Angeli.
- (1991). *Affetto e rappresentazione*, Milano: Angeli.
- (1993). *L'oggetto e le sue vicissitudini*, Roma-Castrovillari: Teda.
- (1994). *Fondamenti psicoanalitici della psicologia clinica*, Torino: UTET Libreria.
- IMBASCATI, A.; CALORIO, D. (1981). *Il Protomentale*, Torino: Boringhieri.
- LICHTENBERG, J. D. (1989). *Psychoanalysis and Motivation*. Hillsdale, New Jersey: The Analytic Press Inc. (trad. it. Psicoanalisi e sistemi motivazionali, Raffaello Cortina, Milano, 1995).
- MANCIA, M. (1980). *Neurofisiologia e vita mentale*. Bologna: Zanichelli.
- MANFREDI, P.; IMBASCATI, A. (1997). La percezione acustica fetale, *Arch. Psicol. Psych. Neur.*, 1997,2, 93-117.
- MODELL, A. (1975). The Ego and the Id: 50 years later. *Internat. J. Psychoan.* 56, 57-68.
- (1975). *Object Love and Reality*. New York: International Universities Press (trad. it. Amore oggettuale e realtà, Boringhieri, Torino, 1975).
- MONEY KYRLE, R. (1955). An inconclusive contribution to the theory of Death Instinct. In Money Kyrle (1977). *The collected papers of Roger Money Kyrle*. Perth: Clunie Press (trad. it. Scritti 1927-1977, Loescher, Torino, 1984).
- (1968). Cognitive Development. Ibidem.
- MATURANA, H.; VARELA, F. (1985). *Autopoiesis e cognizione*. Venezia: Marsilio.
- NEGRI, R. (1993). *Il neonato in terapia intensiva*. Milano: Raffaello Cortina.
- OGDEN, T. H. (1986). *The Matrix of the Mind*. Northvale, New Jersey: Jason Aronson.

ANTONIO IMBASCIATI

- OLIVERIO, A. (1986). *Storia Naturale della mente*, Torino: Bollati Boringhieri.
- PIONTELLI, A. (1987). Infant observation before birth. *Int. J. Psychoan.* 68: 453-464.
- PLUTCHIK, R. (1980). A General Psychoevolutionary Theory of Emotion. In Plutchik R., Kellerman M. (1980-1985). *Emotion: Theory, Research and Experience*, 4 vol. New York: Academic Press.
- SCHAFFER, H. R. (1977). *Studies in mother-infant interaction*. New York: Academic Press.
- STERN, D. (1985). *The Interpersonal World of the Infant*. New York: Basic Books (trad. it. Il mondo interpersonale del bambino. Boringhieri, Torino, 1987).
- Watzlawick, P. Ed. (1986). *La realtà inventata*, Feltrinelli, Milano, 1988.

Traducido por Celia Faena de Sella.

Descriptores: Ciencia. Cognición. Mente. Simbolización. Símbolo. Teoría psicoanalítica.

Antonio Imbasciati
Via Celio, 2
20148 Milan
Italia